

los de mi esposo. ¡Oh dioses inmortales!  
estos sí que me afectan, no lo niego.

Anoche el infeliz creyó librarme  
por agua, acompañada del inmenso  
tesoro que posee la corona,  
y apenas en el lago nos metemos  
cuando vimos tras de unos carrizales  
dos ocultos castillos de maderos,  
de esos que han fabricado los cristianos  
y andan con ellos siempre recorriendo  
las lagunas: entonces mis custodios  
tratan de regresar á todo remo,  
y emprenden una boga temeraria;  
mas, perseguidos fuimos por aquellos  
á los cuales el viento era propicio,  
é hinchó sus velas, y la caza dieron  
muy forzada y violenta, disparando  
esos rayos que arrojan con estruendo,  
y millares de flechas, cuyas armas  
á la mitad reducen mis remeros.

Nos alcanzan por fin, y nos abordan,  
mas, en angustia tal permite el cielo  
que entretenidos en saquear las otras  
mi piragua abandonen, y violentos  
los que la bogan, con presteza mucha  
y milagrosamente me trajeron  
otra vez á los brazos de mi esposo,  
que recobra á mi vista nuevo aliento;  
porque estaba creyendo mi desgracia  
que le anunciaron los fatales truenos.

El resto de la noche, lo pasamos  
oyendo el ruido y observando el fuego  
con qué los castellanos aniquilan  
del bravo Chiltemaco los guerreros:  
en fin, el sol apenas ilumina

el horizonte, cuando el gran consejo  
reune Cuauhtemótzin, y en él tratan  
sin duda, asuntos de interés supremo;  
mas, aquí se dirige pensativo,  
con un semblante que lastima verlo.

*Sale Cuauhtemótzin, y algunos nobles.*

*Cuauht.* En el hondo del alma, mi destino  
ha vertido la copa del veneno;  
tantas angustias no se vieron juntas,  
ni resistirlas puede humano pecho;  
¡joyes, esposa mia, ese lejano  
y tan terrible pavoroso estruendo?  
pues sabe que las huestes castellanás  
lo causan, batallando con denuedo,  
y entrando la ciudad por sus tres puntos  
principales, á sangre, horror y fuego.  
Mis guerreros defienden con un brío  
extraordinario, sus resgosos puestos;  
pero calle por calle van ganando  
los audaces contrarios el terreno:  
Chiltemaco empeñado desde anoche  
está á Mejicalzingo defendiendo;  
pero le cargan fuerzas tan terribles,  
que ya no pueden subsistir mas tiempo:  
en fin, por todas partes nos atacan  
con sanguinaria furia, todo el pueblo  
ha tomado las armas, y acudido  
á la justa defensa de su suelo:  
mucha es mi gente, mucha, sí, infinita,  
pero debilitada en gran extremo  
por la escasez tan grande que se sufre;  
y bien tratados y robustos ellos,

tienen esta ventaja, á mas de la otra que le dan los armados caballeros que cabalgan en brutos aguerridos, y aquellos tubos que despiden fuego, estruendo, rayo y muerte á un tiempo mis y pavor tanto infunden á este pueblo. (mo,

¡Oh desunion fatal, cuántas desdichas, cuánta angustia produces á este imperio! ¿pudiera el castellano haber llegado á imaginar siquiera, lo funesto de nuestra situacion, si no contara con el recurso de rebeldes pueblos?

*Tecuichp.* Este es un hecho que dudar no deja; pues aunque el castellano es con extremo emprendedor, nunca jamas pensara en conquistar un reino como el nuestro, si nó hubiera contado, por desgracia, de la discordia con los elementos:

*Cuauht.* Reunion de circunstancias tan fatales cuales estar alzado el chichimeco contra su natural señor, rebeldes tambien el Totonaco y Zempoalteco, y en guerra el tlaxcalteca; no pudieron dejar de producir su amargo efecto, y ya lo estamos viendo: ese caudillo, Hernando el temerario, lo primero que hizo para llevar su empresa á cabo, fué juntar los facciosos, y concierto formar luego con ellos y Tlaxcala, viniendo de tal modo á ser inmensos los recursos y fuerza de una liga que medita la ruina del imperio.

Con todo, no debió grandes ventajas haber logrado, pero se le unieron tambien algunos reyes comarcanos,

y por desgracia hasta mis propios deudos; y con tal ocurrencia ya tomaron las cosas otro aspecto, y hoy cojemos el fruto amargo que sembró en la patria la desunion funesta de los pueblos.

Ya vereis, mis amigos, que en tal crisis la suerte no nos deja otro remedio que el de venderles caras nuestras vidas, como haciéndose está; mas... ruido sienta.

*Salé Chiltemaco herido de un brazo, y algunos que lo acompañan.*

*Chilm.* Señor, nuestro recinto ya sucumbe, si, Méjico, mi patria, sin remedio cae en las garras de sus opresores: yo en sus ruinas debiera ser envuelto cual todo buen patriota, antes del lance de verle la cadena puesta al cuello; pero como vasallo leal, consagro á vuestra salvacion mi último aliento: si no salimos pronto de este sitio en él seguramente perecemos; yo, señor, te lo digo, porque he visto toda la corte pasto del incendio; el devorador fuego, por tres puntos viene mostrando su semblante horrendo, y al mismo tiempo las contrarias huestes penetran hasta aquí.

*Tecuichp.* ¡Válgame el cielo! ahora si, caro esposo, van á verse verificados tus presentimientos;

*Cuauht.* ¿Adónde dices? al rigor sangriento de la batalla, á perecer matando;

á dar el espectáculo á los pueblos de un monarca que en aras de la patria el sacrificio de su vida haciendo, no puede ya otra cosa.

*Chiltem.* ¿Y qué se logra con este funestísimo suceso? tu vida ya no es tuya, es de la patria, ni puedes de ella disponer, supuesto que á salvarla la tienes consagrada, y esto no se consigne pereciendo; consérvala, señor, que en otro trance, en mejor ocasion podrá tu aliento la patria redimir, tratémos solo de tu salida, pues para esto vengo.

Los guerreros y nobles han trazado formar una muralla con sus pechos, y á cubierto sacarte á la laguna, donde te embarques en flexible leño que te trasporte con presteza mucha: tambien tenemos el ardid dispuesto de que salgan al lago diez piraguas con muchas galas, y llevando en medio un hombre, que vistiendo insignias reales conduzca el estandarte del imperio, y navegando por contrario rumbo al nuestro, los cristianos viendo aquesto pondrán los bergantines en su alcance; mientras tanto, nosotros ganaremos distancia, no debiendo de ser vistos por ser unas chalupas en que iremos, sin aparato alguno: vamos pronto, señor, que son preciosos los momentos.

*Cuauht.* Vamos, caros amigos; ¡cuántas penas, cuántas angustias en mi pecho llevo!

*vanse todos.*

MUTACION DE CALLE.

*Indios en fuga; otros, y soldados españoles los persiguen.—Despues salen Cortés y Otalistli.*

*Cortés.* ¡Adentro, Castellanos! cierra España y no quede con vida ningun meco.

*Otalistli.* Ya general, tus armas victoriosas han triunfado; ya estamos en el centro de la corte imperial, faltan dos calles para ver el palacio y el gran templo.

*Cortés.* La vanguardia se encuentra detenida por un bien defendido parapeto formado por los nobles, en las ruinas de sus destruidas casas.

*Otalistli.* Pero siento por el opuesto lado del palacio el ruido de guerreros instrumentos, y castellanos son segun las cajas.

*Cortés.* Este será Alvarado, voy á verlo. *Vase.*

*Otalistli.* La fortuna se encuentra decidida á favor de Cortés, su predilecto; si Alvarado ha llegado hasta este punto todo Méjico queda ya por nuestro, y en su palacio el principe encerrado no permanecerá muy largo tiempo.

*Tres cañonazos.*

Mas, el cañon anuncia la llegada, ahora sí, que es el triunfo ya completo.

*Salen Cortés y Alvarado.*

*Cortés.* Alvarado valiente, te has portado como lo has de costumbre; otra vez quiero estrecharte en mis brazos.

*Alvarado.* Soy tu hechura,  
y dándome valor tu mismo ejemplo,  
nada hago yo por mí, que mis hazañas  
son hijas de tu nombre y de tu aprecio.

*Cortés.* ¿Y qué tal, mucha gente ha perecido?  
algunos castellanos habrán muerto.

*Alvarado.* Han muerto solo veinte; y de los indios  
al servicio de España fué tremendo  
el destrozo, pudiendo asegurarse  
que han perecido mas de los dos tercios.

*Cortés.* También mi division perdió bastante  
pues como que llevamos lo mas recio  
del combate, y peleamos en desórden,  
y por necesidad al descuberto;  
he tenido gran pérdida, seguro  
que pasarán de cinco mil los muertos:  
castellanos murieron sus cuarenta,  
y esta pérdida sí, mucho la siento.

Vamos pues, á tratar de lo importante;  
marcha á formar un cuerpo, con los restos  
del que trajiste, y parte del que manda  
*Otalistli;* y formado, saldrás luego  
en demanda de Tapia, que no debe  
estar de estos lugares ya muy lejos:  
y cargando los dos al enemigo,  
pronto lo tomareis entre dos fuegos,  
destrozándolo al fin, y vendreis juntos  
al cuartel general que puesto dejo  
en este mismo sitio, y á la vista  
del palacio magnífico y soberbio  
donde toda la corte refugiada  
no ha de lograr permanecer mas tiempo,  
que el que tarden ustedes en reunirse.

*Alvarado.* Voy pues, al punto. *Vase.*

*Otalistli.* Y yo para el efecto  
voy á escoger las fuerzas de mi campo  
que he de dar á Alvarado: pronto vuelvo.  
*Vase.*

*Cortés.* ¡Gran botin se ha logrado en este dia!  
los tlaxcaltecas iban con desprecio  
entregando primores de oro y plata  
á mis soldados, y cargaban ellos  
con los sacos de sal que estiman tanto,  
plumas y cascabeles, que en gran precio  
tienen, y que les son tan codiciados:  
tambien he visto daba un chichimeco  
un idolito de oro á un castellano  
en cambio de unas conchas, y unos huesos  
que enhilados en sartas, por adorno  
suelen tener pendientes en el cuello.

Muchas cosas he visto, y mis soldados  
se han ingeniado tanto, que el que menos,  
ha sacado mas fruto de este dia  
que el que se imaginaba su deseo:  
es verdad que de algunos la codicia  
llegó hasta dar la muerte con desprecio  
á los mismos aliados, por quitarles  
lo que habian al vencido quitado ellos;  
pero estos son percances del oficio,  
y cosas de que yo me desentiendo,  
porque al fin, los que mueren, aunque ami-  
siempre son esos indios, que detesto (gos  
con un odio mortal; pero *Otalistli*  
me parece ya viene de regreso.

*Sale Otalístli.*  
Ya Alvarado marchó como ordenaste,  
y lo acompañan cuatro mil flecheros,  
dos mil de piedra y honda, y mil de lanza  
llevando á mas cuarenta de los buenos

Jinetes castellanos en su escolta,  
y tambien lleva veinte arcabuceros.

*Cortés.* Pues ya tienen que hacer los mejicanos  
que se les antepongan de por medio:  
qué dices, Otalistli; ¿tú pensabas  
que á tal punto llegáramos tan presto?

*Otalistli.* Aunque por experiencia sé que osado  
habeis siempre allanado grandes riesgos,  
la toma de esta corte la dudaba;  
ó á lo menos creí que en mucho tiempo  
no se lograra, pero ya está visto  
que te protege decidido el cielo.

*Cortés.* ¿No ves que por su causa militamos?  
fuerza es así suceda: y dí, ¿podremos  
en cuanto lleguen Alvarado y Tapia,  
asaltar el palacio que tenemos  
á la vista?

*Otalistli.* Señor, se hará tu gusto;  
pero la gente fatigada vemos,  
y descansar pudiéramos mandarle,  
embistiendo mañana de refresco.

*Cortés.* Tu parecer, amigo, se conoce  
que es de meditador, no de guerrero:  
estos lances es fuerza ya empezados  
terminarlos cuanto antes, no dejemos  
ni aun respirar siquiera á los sitiados,  
que en grande confusion contemplo dentro  
de ese alcázar, haciendo conjeturas,  
temblando acobardados, macilentos,  
abatidos en fin, y vacilantes;  
y si á la reflexion les damos tiempo  
¡quién sabe lo que harán! ello imagino  
que nunca fuera cosa de provecho.

*Otalistli.* Por el bullicio, grito y polvareda  
que por aqueste lado se está viendo,

parece que se acercan vencedores  
Alvarado y los suyos, ¡mas qué veo!  
hélos aquí, mientras se cumplimentan  
voy la campaña á ver, é ir recorriendo  
nuestros triunfos. *Vase.*

Salen Alvarado, Tapia, soldados castellanos é indios.

*Tapia.* Salud, Cortés, amigo;  
que aunque tengo el pesar de ser postrero  
no he podido evitarlo, pues que tuve  
que habérmelas con hombres tan resueltos  
y en número tan grande, que aseguro  
no me he visto jamas en tanto aprieto:  
toda mi gente ha sido destrozada,  
y de mis castellanos quedan muertos  
treinta y cinco, con todos los caballos  
incluso el de mi silla, porque diestros  
los contrarios guerreros inventaron  
agudos chusos en el suelo puestos  
con puntas hácia arriba, que ocultaban  
con basura, y en ellos los violentos  
corceles que fogosos embestian,  
quedaban traspasados por el pecho.

De los indios apenas me quedaban  
unos tres mil cuando llegó el refuerzo,  
que si dilata mas, ya no me sirve,  
pero que al fin me trajo á salvamento.

*Cortés.* Bien está, pero vamos á otra cosa;  
amigos ¿veis aquel palacio inmenso?  
pues él contiene dentro cuanto vale  
la pena de desearse, y son los restos  
de la nobleza, de la corte galas,  
el grandioso tesoro del imperio,  
y en fin, al mismo rey; por lo que arguyo  
que estais deseosos de pasar adentro.

*Tapia.* Muy cansados nos vemos, mas con todo, cuando lo determines entraremos.

*Sale Otalistli.*

Señor, ni hablar me deja el alborozo; unas albricias de interés inmenso yo te vengo á ganar.

*Cortés.* Pues vamos, habla.

*Otalistli.* Desde un alto edificio he descubierto que Cuauhtemótzin consiguó la fuga, porque se ha visto su estandarte regio y grande comitiva; que embarcados lo custodiaban; y observamos luego á nuestros bergantines que abordaban á los fugados y los traen ya presos.

*Cortés.* ¿Los has visto bien?

*Otalistli.* Señor, perfectamente.

*Cortés.* Pues que yo retirarme de este puesto no puedo, partid vos, *Tapia*, á la playa é informaos á evidencia de lo cierto.

*Vanse Tapia, Otalistli y otros.*

*Alvarado.* Grande dicha es, *Cortés*, que ya cautivo Cuauhtemótzin esté; por este medio abatidos los indios que aun resisten, se entregarán á discrecion, y el riesgo de darles otro asalto nos escusan.

*Sale Tapia y dice.*

Caballeros, lo visto ha sido cierto, pero no la prision de Cuauhtemótzin; pues los astutos indios con intento, de su traje é insignias adornaron á un cualquiera, que siendo por los nuestros conocido, pagó con la cabeza el alegrón que dió su fingimiento.

*Alvarado.* ¡Vaya con mil demonios el engaño que nos han echo los señores mecos!

*Tapia.* ¿Por qué razon esta burlesca farsa los mejicanos nos habrán dispuesto?

*Cortés.* Por llamar la atencion á aquella parte, y mientras se les sigue ganar tiempo.

*Sale Otalistli y dice.*

Otra novedad traigo: los contrarios que en las elevaciones del gran templo pueden mirar á todos los contornos, no sabemos que han visto: pero es cierto que un alarido de dolor lanzado, hiriéndose los rostros y gimiendo, largan las armas, las banderas baten, abren las puertas del palacio y templos, y con aire abatido y consternados, tras de mí se dirigen á este puesto; ya llegan....

*Salen varios indios desarmados y se postran ante Cortés.*

*Alvarado.* ¡Qué cobarde hipocresía!

*Cortés.* No les ha de valer su rendimiento, pues si no entregan á su soberano á todos por mi nombre los degüello.

Mejicanos cobardes y traidores, ¿donde está vuestro rey?

*Algunos.* No lo sabemos.

*Cortés.* ¿No? pues lo buscará nuestro coraje aunque lo oculte de la tierra el centro.

Ea, castellanos, vamos del palacio á tomar posesion, antes diciendo....

¡Victoria por España!

*Españoles.* ¡Viva Carlos!

*Cae el telon.*

## APENDICE.

### SALON DEL PALACIO.

*Después de un confuso ruido interior, salen Cortés,  
Alvarado, Tapia, Otalistli y soldados.*

*Cortés.* Mientras de nuestra gente la codicia  
anda por el palacio discurriendo  
en busca del botín que les halaga  
y que sirve de pábulo á su aliento,  
nosotros á esta parte retirados  
los triunfos de este día contemplemos.

Poderosos, ufanos, aclamados,  
vencedores en fin, de un grande imperio,  
entramos á una corte tan brillante  
que aunque destruida y casi en esqueleto,  
pudiera competir por sus riquezas  
con las mas opulentas de otros reinos.

A la corona del agosto Carlos  
le vamos á agregar un hemisferio;  
y de jornada tal, hemos sacado  
como suele decirse, honra y provecho  
en gran manera: ¡pero Holguin se acerca!  
¿cómo sin mi orden abandona el puesto?

*Sale Holguin y dice.*

Hernando, nuestro triunfo es consumado,  
á Cuauhtemótzin traigo prisionero,  
que con su esposa y otros, embarcados  
en frágiles chalupas, muy violentos  
iban por la laguna atravesando.

*Cortés.* ¿Pues qué, no fué su fuga un fingimiento?

*Holguin.* Fué realidad, pero con tal astucia  
ésta fuga los indios emprendieron,  
que parece milagro haber logrado  
evitarla; Cortés, óyeme atento.

Cuando los vergantines avistaron  
á la supuesta corte, la siguieron  
y ya se sabe de ello el resultado;  
pero yo entonces á lo lejos viendo  
las débiles chalupas que ligeras  
trataban de pasar al lado opuesto,  
con mi velero bergantín las sigo;  
pues aunque yo supuse verdadero  
del rey el prendimiento, quise cauto  
ver qué llevaban las que estoy diciendo:  
¡mas cuál fué mi sorpresa al encontrarme  
que á bordo de una habia nada menos  
que el mismo emperador, su esposa y otros!  
con ocurrencia tal á tierra vengo;  
y mientras que conducen mis cautivos,  
me adelanto á imponerte del suceso.

*Cortés.* Ahora sí que es completo nuestro triunfo:  
ven á mis brazos, ínclito guerrero.

*Sacan entre soldados españoles á Cuauhtemótzin,  
su esposa, Chiltemaco y algunos otros.*

*Chiltem. á }* Este es Hernán Cortés.

*Cuauht. }*

*Cuauht.* ¡Desdichas mías!

¿por qué no me morí sin conocerlo?

*Cortés.* ¡Oh grande Cuauhtemoc! muy bien venido.  
¡Oh señor Chiltemaco! Y qué ¿creyeron  
ustedes escapar á mi fortuna?

*Chiltem.* No insultes, hombre déspota y sangriento!

- nuestra desgracia; gózate con ella,  
pero no irrites con tu burla al cielo.
- Cuauht.* Yo, Cortés, hice ya cuanto debia  
haber ejecutado por mi pueblo....  
has tú lo que te falta.
- Le toca la espada á Cortés.*
- Cortés.* Esa entereza  
y esa alma grande, las veremos luego;  
y dime por lo pronto dónde ocultas  
las joyas y tesoros del imperio.
- Cuauht.* El tesoro mas grande de nosotros  
era la libertad; mas yo y mi pueblo  
la hemos perdido ya; por consiguiente,  
á no mover los labios me resuelvo.
- Cortés.* Tu esposa lo dirá, si no prefiere  
el verte consumido por el fuego.
- Tecuichp.* Tu soberbia te engaña, castellano;  
yo no respondo porque te aborrezco.
- Cortés.* Quitad esta muger de mi presencia.
- Tecuichp.* Al separarme de mi amante dueño  
y quizá para siempre, me entristece  
no su ausencia, pues vive aquí, en mi pecho;  
sino su desventura, y el dejarlo  
entre unos enemigos tan sangrientos.
- Se la llevan.*
- Cortés.* Con que en fin, Cuauhtemótzin ¿te re-  
á decir del tesoro el paradero? (suelves)
- Cuauht.* Ni una palabra mas....
- Alvarado.* Y bien, Hernando,  
¿para qué es apurarnos? lo sabremos,  
y él mismo lo dirá, mal de su grado,  
cuestionado que sea en el tormento.
- Cortés.* Tú Chiltemaco, lo dirás, y ahorras  
á tu monarca malos tratamientos.
- Chiltem.* Ni una palabra mas.

- Cortés.* ¿Eso contestas?  
¡ni una palabra mas! pues bien, veremos;  
pero antes les advierto, que mediten  
de terquedad tan grande los efectos...*pausa*  
¡Ni una palabra mas! pues que se obsti-  
llevadlos, y padezcan en el fuego. (nan)
- Alvarado.* Vamos, venid conmigo.
- Cuauht.* ¡Dioses justos!  
dadme constancia en tantos sufrimientos.

*Entrase con Chiltemaco y los otros, Alvarado  
y soldados.*

- Cortés.* Son fuertes y arrogantes, y presumo....  
pero no, cederán en el tormento.
- Dentro Alvar.* Puesto que no responden, poco á  
arrimadles las brazas... ¿no sabremos (poco  
adonde está el tesoro? se os perdona  
si lo decis.
- Chiltem.* ¡Oh dioses, ya fallezco!  
Cuauhtemótzin de mi alma, que me abraso!
- Alvarado.* Pues revela el tesoro, y te....
- Cuauht.* ¡Silencio,  
Chiltemaco cobarde!.... ¿pues acaso  
repose yo, de flores en un lecho?....*pausa.*  
*Sale Alvarado.*

Castellanos, ya veis con la entereza  
que aquestos mejicanos tan soberbios  
arrostran los martirios.

- Cortés.* Perecieran  
antes que descubrirnos un secreto  
que tanto nos importa. Retiradlos,  
y en ocasion mas propia lo sabremos.  
Pero hombres tan valientes, merecian  
el nombre de héroes, si pudieran serlo  
los idólatras indios mejicanos.

En tal hecho, palpamos un ejemplo  
del odio que nos tienen, y es preciso  
que con odio mayor se lo paguemos.

Alvarado acercándose al proscenio se dirige  
al público.

La comedia terminó,  
y nos resta solamente  
pedir al pueblo indulgente  
dispense, si no agradó.

El autor que la escribió  
y los que la ejecutamos,  
aquesta gracia esperamos  
nos otorgue su clemencia,  
hoy que nuestra independencia  
entusiastas celebramos.

Se representó en las noches del 17 y 18 de Setiembre  
en las fiestas nacionales, y la del 2 de Oc-  
tubre en las populares.



## QUINTILLA DE JOSE MARIA LIRA,

GLOSADA A SU PEDIMENTO.

Antes que el mundo se acabe  
quiero que el vulgo lo sepa,  
que soy pobre, Dios lo sabe;  
pero cómo con manteca  
y navego en buena nave.

Mi pecho fingir no sabe,  
pero sabe idolatrar;  
y así, con acento suave  
voy mis penas á cantar,  
antes que el mundo se acabe.

No es posible que en mí quepa  
halago alguno fingido;  
y si Cupido me increpa,  
ya que su flecha me ha herido  
quiero que el vulgo lo sepa.

Ser pelado es falta grave  
para el que en amores trata;  
mas cariño en mí, no cabe,  
y es la pena que me mata  
que soy pobre, Dios lo sabe.

Mi esperanza se desfleca,  
y como su día no llega  
parezco gallina clueca,  
ó mas bien gallina ciega;  
*pero cómo con manteca.*

¡Qué arranquera! Dios lo sabe;  
y con todo, así padezco  
de amor enfermedad grave,  
mas corro con viento fresco  
*y navego en buena nave.*

Glosa imitando otra del señor Sebastian  
Martinez.

*Tres cosas forzosas son  
para justicia alcanzar:  
tener dinero, y razon,  
y que te la quieran dar.*

Si uno te pidió prestado  
y no te quiere pagar,  
es fuerza para cobrar  
tener con el juez buen lado.

Tambien debes con cuidado  
si cobras, dar un doblon  
al curial, y su toston  
al alguacil diligente:  
con que así, primeramente  
*tres cosas forzosas son.*

Si uno te infamó, ó ha herido,  
y lo quieres demandar,  
debes en primer lugar,  
ver un abogado instruido.

Si hay dinero prometido  
buen despacho te ha de dar:  
si nó, nó ha de rebasar  
tu asunto del pasadizo,  
conque... dinero es preciso  
*para justicia alcanzar.*

Ya está visto que me fundo  
cuando digo, y es verdad,  
que justicia y equidad  
se han ausentado del mundo.

Con un trabajo profundo  
se hallan alguna ocasion:  
mas si al rico, en conclusion  
siempre la palma se dá,  
conveniente te será  
*tener dinero y razon.*

Aunque la causa te sobre  
y procedas sin malicia:  
contra el rico, á la justicia  
no te quejes si eres pobre:  
pues con oro, plata ó cobre,  
le sobra para ganar.

¡Oh *pelon*, que en litigar  
contra el rico te ejercitas!  
mucho razon necesitas,  
*y que te la quieran dar.*

ABRIL DE 1832.

### FATALIDADES DE ESTE AÑO.

*Estos sí que son trabajos,  
estos sí que son desvelos,  
que el robalo de manteca  
se nos ha vuelto de sebo.*

Diez piragnas á porfia  
ya subiendo, ya bajando,  
hemós estado esperando  
el robalo noche y dia;  
mas de un mes de esta agonía  
llevan ya nuestros andrajos  
por la costa, por los bajos,  
por uno y por otro lado,  
sin que haya habido pescado,  
*estos sí que son trabajos.*

En vano el afan ha sido  
de prevenir los tablonés,  
sal, petates y calones,  
si tal pescado no ha habido;  
este año, Dios ha affigido  
al pueblo con desconsuélos,  
guerras, disturbios y duelos,  
quemazones, y arranquera;  
pero nada de pesquera;  
*estos sí que son desvelos.*

Nunca ha dejado de haber,  
ya sean muchos ó sean pocos;

pero hoy, ya nos vuelve locos  
no haya ni aun para comer: y  
esto, castigo ha de ser  
de Dios, por lo que se peca;  
y aquí como en la Huasteca,  
si solo hay maiz que manyar,  
mejor lo hemos de pasar  
*que el robalo de manteca.*

En fin, pobres compañeros,  
ya que tan tristes nos vemos  
dejemos de bogar remos,  
metámonos á veleros;  
porque aquello de leñeros  
amigos, yo no lo llevo,  
y oí decir á un mancebo,  
—ya no quiero pesquería,  
porque la luz que nos guía  
*se nos ha vuelto de sebo.*

### Al día siguiente del suceso que se relata.

*El día doce de Mayo  
de ochocientos treinta y dos,  
nos vienen á poner grillos,  
¡sea por el amor de Dios!*

El valiente Vasconcelo  
con Juan Simon su segundo,  
vienen asombrando el mundo  
y causan nuestro desvelo: